

**SHON FAYE**

# **TRANS**

**UN ALEGATO  
POR UN MUNDO  
MÁS JUSTO  
Y MÁS LIBRE**

Traducción de **ROSA MARÍA GARCÍA**





La perrita Blackie decía que lo único mínimamente sensato  
a estas alturas es aspirar a cambiar el mundo.

**SHON FAYE**

**Trans**

**Un argumento a favor de la justicia**



Traducción de Rosa María García

## Índice

Portada

Trans

Créditos

Prólogo a la edición en castellano

Prefacio

Introducción. Se nos ve, pero no se nos escucha

1. Ser trans en la actualidad

2. Cuerpos correctos y cuerpos equivocados

3. Lucha de clases

4. El comercio del sexo

5. El Estado

6. Primos queridos:

7. La hermana fea: las personas trans y el feminismo

Conclusión. Un futuro distinto

Agradecimientos

Nota a la traducción

Notas





SHON FAYE nació en Bristol. Ahora vive en Londres. Estudió Derecho, pero pronto abandonó la abogacía para dedicarse a la escritura y al activismo, sus grandes pasiones. Desde entonces ha trabajado en Amnistía Internacional y Stonewall, en favor de los derechos LGBTQ+, como editora en *Dazed*, y sus artículos han sido publicados por *The Guardian*, *The Independent* y *Vice* entre otros medios. Recientemente su podcast *Call Me Mother*, en el que entrevista a pioneros del colectivo LGBTQ+, alcanzó un gran éxito de crítica y público. *Trans* es su primer libro, un alegato en favor de los derechos y la justicia universales que pasa por la necesaria equiparación de los derechos del colectivo trans. Un ensayo lapidario y revelador que pone sobre la mesa la realidad de un colectivo demonizado e invisibilizado, reivindicando su existencia y necesidades, y exigiendo ya mismo y sin debates vacíos los derechos que le corresponden.

Título original: *The Transgender Issue*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la fotografía de la autora: Paul Samuel White

© del texto: Shon Faye, 2021

© de la traducción: Rosa María García, 2021

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: Newcomlab

Primera edición digital: febrero de 2022

ISBN: 978-84-18733-62-8

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*Este libro está dedicado a mi madre, en un intento  
honestamente  
insuficiente de devolverle la dedicación que me dirige.*

Cuando digo trans, también quiero decir escapatoria. Quiero decir elección. Quiero decir autonomía. Quiero decir querer algo más grande de lo que me han dicho. Querer más posibilidades que aquella a la que me habéis forzado.

TRAVIS ALABANZA

## Prólogo a la edición en castellano

Es un placer escribir este prólogo a la edición en castellano de *Trans*. Ser publicada en España es especialmente importante para mí, teniendo en cuenta el papel que ha jugado en mi propia vida el cine y la televisión queer español. Escribí la mayor parte de este libro en los confinamientos que hubo en el Reino Unido debido a la pandemia en 2020. En aquella época difícil encontré apoyo en *Veneno*, de Javier Ambrossi y Javier Calvo, la serie sobre la vida de la artista y celebridad televisiva Cristina Ortiz Rodríguez. En un momento en el que estar confinada significaba estar aislada y distanciada de mi propia comunidad, pude ver en *Veneno* una parte de la supervivencia y la felicidad que hay entre las mujeres trans, y que reflejaba mi propio hogar. Igualmente, al crecer siendo una adolescente queer me volví una fan entusiasta de las películas de Pedro Almodóvar y, mucho antes de ser consciente de mi propia identidad como mujer trans, me sentía identificada con sus personajes transexuales —mujeres transexuales complejas y cautivadoras que no había visto nunca representadas en el cine de habla inglesa—. La cultura popular y LGTB [queer] española ha sido una influencia muy profunda en mi propia vida y en cómo comprendo mi propia identidad, y es para mí un honor inmenso poder devolver todo ello aportando un granito de arena a la cultura queer española con este libro.

He seguido con interés los acontecimientos en España en relación a la propuesta legislativa que permitiría el reconocimiento legal de género para algunas personas trans sin necesidad de informes psicológicos, y que

permitirían, en determinadas circunstancias, el reconocimiento legal de género de adolescentes. (Soy también consciente de que, tristemente, la ley propuesta no incluye a las personas no binarias.) Me sorprende que haya tantos paralelismos entre la conversación nacional en torno a esta propuesta de ley en España y el debate público que hay en Reino Unido en los últimos años acerca del cambio en las leyes de reconocimiento de género. En ambos casos, seguir el camino hacia la liberación trans supondrá un esfuerzo, y entiendo lo agotador y desmoralizante que puede ser para las personas trans que sus identidades y derechos humanos sean el tema de un debate tóxico y ruidoso. Es tremendamente difícil ver titulares negativos sobre tu comunidad cada día y pelear no solo contra los prejuicios de la extrema derecha sino también los de la izquierda. Como afirmo en este libro, la causa de la liberación trans tiene los mismos objetivos que los movimientos feminista y LGBTQ+, y la división entre feministas distintas en torno a los derechos civiles de las personas trans puede resultar especialmente dolorosa.

No obstante, las comunidades trans y queer tienen que seguir luchando en estos tiempos difíciles: cada batalla por los derechos civiles ha implicado siempre obstáculos y luchas, y solo conseguiremos un mundo mejor y más libre para todo el mundo si nos solidarizamos unas con otras, más allá de las fronteras nacionales. No puedo decir que tenga todas las respuestas a las dificultades actuales, pero sí he descubierto que, incluso cuando los medios y las instituciones políticas están contra nosotras, las personas trans seguimos haciendo progresos en la cultura y en nuestras propias comunidades, conforme más y más personas nos conocen, nos aceptan y nos ven por lo que somos. Esto no se va a parar y, con el tiempo, las generaciones futuras respetarán nuestro derecho a

participar completamente en la vida, felizmente y sin miedo. A veces, los frutos de nuestro trabajo no resultan visibles hasta diez, veinte o treinta años después, pero seguimos trabajando igualmente para garantizar un mundo mejor a quienes vendrán después de nosotras.

Aunque este libro está centrado en el Reino Unido, espero que muchas lectoras de España puedan servirse de él como inspiración y ver su propia experiencia reflejada, igual que yo vi la mía reflejada en la televisión y el cine que venía de la cultura queer española cuando lo escribí.

## Prefacio

La liberación de las personas trans mejoraría las vidas de todo el mundo en nuestra sociedad. Digo «liberación» porque creo que los objetivos de los «derechos trans» y la «igualdad trans», más humildes, son insuficientes. Las personas trans no deberíamos aspirar a ser iguales en un mundo que siga siendo capitalista y patriarcal, y que explote y humille a aquellas personas que vivan en él. En lugar de eso, deberíamos aspirar a la justicia tanto para nosotras como para las demás.

Las personas trans hemos aguantado alrededor de un siglo de injusticia. Hemos sido discriminadas, patologizadas y atacadas. Solo podremos lograr nuestra emancipación absoluta si podemos imaginar una sociedad completamente distinta de aquella en la que vivimos. Ante todo, este libro pretende explicar cómo la sociedad, tal y como está construida en la actualidad, a menudo hace innecesariamente difícil la vida de las personas trans. Aun así, al plantear soluciones a esos problemas, no se limita a pensar solamente en la gente trans, sino que abarca a toda persona desposeída y sin autonomía [*disempowered*].

La autonomía absoluta sobre nuestros cuerpos, una sanidad gratuita y universal, y vivienda accesible para todo el mundo; el poder en las manos de quienes trabajan y no en las de unos pocos privilegiados que extraen beneficios de este sistema brutalmente injusto; la libertad sexual, incluyendo libertad de no sufrir violencia sexual; y el fin del encarcelamiento en masa de seres humanos. Todos ellos son ingredientes fundamentales en la construcción de una sociedad en la que las personas trans no sigamos siendo

agredidas y maltratadas ni estemos sujetas a violencia. Estas transformaciones sistémicas también beneficiarían especialmente a todas las demás personas empujadas a los márgenes de la sociedad, tanto en el Reino Unido como en el resto del mundo.

La exigencia de una auténtica liberación trans se solapa con las demandas de las trabajadoras, comunistas, feministas, antirracistas y personas queer, y se hace eco de ellas. Son exigencias *radicales*, ya que van a la raíz de lo que es nuestra sociedad y de lo que debería ser. Es por eso por lo que la existencia de las personas trans es una fuente constante de ansiedad para muchos de los que apuestan por el *statu quo* o tienen miedo de lo que pueda sustituirlo.

El sistema siempre ha intentado confinar y acotar la libertad de las personas trans con el objetivo de neutralizar la potencial amenaza que suponemos para las normas sociales. En la Gran Bretaña del siglo XXI, eso se ha conseguido en buena medida menospreciando nuestras necesidades políticas y convirtiéndolas en una «cuestión» más de una guerra cultural. Normalmente se echa a todas las personas trans en el mismo saco de la «cuestión trans»\*, deslegitimándonos y ocultando la complejidad de nuestras vidas, que se ven reducidas a un puñado de estereotipos sobre los que se puede poner el foco de diferentes fobias sociales. En líneas generales, el tema trans se ve como un «debate tóxico», un «tema difícil» discutido en las tertulias televisivas, las columnas de opinión de los periódicos y los departamentos de filosofía de las universidades —normalmente por personas que, de hecho, no son trans—. Rara vez se ve a personas trans como tal. Este libro se reapropia intencionada y deliberadamente de la expresión «la cuestión trans» con el propósito de subrayar la realidad de los problemas que

afrontamos hoy en día las personas trans, en vez de plantear cómo se la imaginan las personas que no tienen esas dificultades.

Con ello, este libro da una perspectiva amplia de diferentes aspectos de las experiencias trans. La introducción presenta las formas en las que los medios de comunicación han deformado y distorsionado el debate sobre la gente trans en Gran Bretaña. El primer capítulo es un estudio general sobre la vida cotidiana de las personas trans en el ámbito de las relaciones familiares, la educación y la vivienda, desde la infancia hasta la vejez. El segundo capítulo se desplaza hasta uno de los ámbitos más específicos de la opresión de las personas trans, y examina la atención sanitaria y la negación de la autonomía corporal.

Aunque los derechos de las personas trans suelen considerarse como un tema liberal de derechos humanos, y los liberales tienden a posicionarse a favor de la igualdad trans como una cuestión de libertades individuales, las personas trans soportan una discriminación inacabable tanto al intentar conseguir trabajo como —si lo consiguen— en el espacio de trabajo. Por ello, en el tercer capítulo se las sitúa en esta lucha de clases más amplia, y se examinan las experiencias trans en el mercado de trabajo. El trabajo sexual sigue siendo, en todo el mundo, una de las formas más habituales con la que las personas trans ganan dinero. Por eso, el cuarto capítulo se centra en la lucha política de las trabajadoras sexuales.

La discriminación y la violencia contra las personas trans no son siempre interpersonales. En el quinto capítulo se plantea la violencia estatal —el monopolio del Estado de la violencia legalizada a través de la policía, las prisiones y los centros de internamiento de extranjeros, y el poder que

lo acompaña para impedir que la gente trans se mueva libremente en los espacios públicos con privacidad y dignidad—.

En esta batalla para librarse de la opresión y la violencia, la gente trans lucha a menudo junto a otras personas marginadas. Sin embargo, las relaciones entre personas trans, lesbianas, gais y bis\* y el movimiento feminista son objeto de una controversia importante tanto histórica como actualmente. El mayor conocimiento de la diversidad de género\*\* en el siglo XXI ha llevado a reconocer el hecho de que el espectro de la sexualidad humana es mucho más complejo y menos rígido de lo que antes se pensaba, cosa que puede inquietar —e inquieta— a algunas personas. Los conservadores y los grupos religiosos explotan esta inquietud con el objetivo de debilitar el poder LGTBQ+ alimentando la lucha interna. De forma parecida, la lucha común contra la opresión de las mujeres puede, demasiado a menudo, quedarse enredada en la inquietud en torno a quién debería incluirse en la categoría de «mujer». En los últimos capítulos de este libro, sin embargo, afirmo que las demandas fundamentales para la liberación trans no solamente están en consonancia con los derechos gais y el feminismo y no son ninguna amenaza para ellos, sino que, en esencia, buscan los mismos objetivos que estos movimientos.

Al escribir sobre las personas trans, todavía es habitual explicar qué significa eso mismo: *trans*. Esto ya es ilustrativo. A pesar de todos los titulares y todo el interés de los medios, la mayoría de la gente que no conozca a nadie trans tendrá dificultades para definir el término. En general, hay unos pocos aspectos de la terminología trans que confunden a menudo a las personas no versadas en el tema. Uno es que la política trans usa términos paraguas por comodidad, es decir, emplea una sola palabra para

describir un abanico enorme de identidades o experiencias muy diversas. Otro es que el lenguaje evoluciona tan rápido que términos específicos que se usaban incluso hace solo cinco años de pronto se vuelven redundantes debido a cambios en el uso del lenguaje o en la sociedad, o simplemente por el desarrollo de nuevas perspectivas que cambian la forma en la que se usa el lenguaje. Buena parte de la jerga contemporánea asociada con la política, la identidad y la defensa de los derechos trans\* tiene su origen en internet y, por tanto, puede surgir y caer en desuso muy rápidamente. En el libro, he intentado que mi propio lenguaje sea lo más claro posible, asumiendo al mismo tiempo el riesgo de que mi terminología parezca anticuada dentro de unos pocos años.

*Trans*, tal y como lo uso en este libro, es un término paraguas que describe a las personas cuya identidad de género (su sentido personal de su propio género) difiere de, no encaja cómodamente con, o es distinta del sexo biológico registrado en su certificado de nacimiento, basado en la apariencia de sus genitales externos.

La idea habitual sobre cómo se manifiestan el sexo y el género en el mundo es la siguiente. Los bebés que nacen con penes observables son registrados como de sexo masculino y tratados y criados como niños, y de adultos son hombres; los bebés nacidos con vulvas observables son registrados como de sexo femenino y tratados y criados como niñas, y de adultos son mujeres. Ser trans significa sentir que, en algún nivel, esa relación normalizada entre los genitales que una tiene al nacer y la asignación de una o dos identidades de género fijas que supuestamente tienen que reflejar fielmente tus sensaciones sobre tu cuerpo se ha visto interrumpida. La reacción de la persona que experimenta esa interrupción puede variar mucho; esa es la razón por la que *trans* es una palabra que abarca un

abanico de identidades y experiencias diversas. También merece la pena señalar que *trans* es una palabra del siglo xx que se usa para describir una forma occidental de pensar la diversidad de género que presupone la existencia de un binarismo claro. Otras sociedades y culturas han tenido modos distintos de entender la relación entre la genitalidad, la capacidad reproductiva y el rol social, y no comparten la tradición occidental de forzar a las personas obligatoriamente en las categorías de hombre y mujer. Por ejemplo, el término *dos espíritus* se ha convertido en el más popular en inglés para describir el abanico de roles sociales y ceremoniales de géneros diversos en las comunidades indígenas norteamericanas. Igualmente, existen en todo el mundo ejemplos de culturas con tres géneros, como es el caso de las warias de Indonesia, las fa'afafines samoanas, las hijras de India y las muxes de las culturas zapotecas en el sur de México.

Cuando hablamos de personas trans, solemos referirnos a personas que fueron registradas como de sexo masculino al nacer pero se entienden a sí mismas como mujeres (es decir, son mujeres trans) o fueron registradas como de sexo femenino al nacer pero se entienden a sí mismas como hombres (o sea, hombres trans). Sin embargo, no a todas las personas trans les resulta sencillo moverse entre las categorías preexistentes de hombre y mujer de forma cómoda, adecuada o deseable. Estas personas trans, que son menos comprendidas, normalmente inquietan a la sociedad en general más que los hombres y las mujeres trans, ya que desafían no solo la idea dominante de que los genitales con los que se nace y el género son inseparables, sino también la idea de que no hay solamente dos categorías de género. Estas personas son acusadas a menudo de inventarse su experiencia por necesidad de atención o por querer sentirse especiales,

aunque en realidad las consecuencias sociales, políticas y económicas para estas personas «no binarias» (es decir, que no se ven directamente como hombres o mujeres) pueden ser inmensas. Cuando me refiero a las «personas trans» a lo largo del libro, hablo sobre todas ellas, salvo que especifique otra cosa: hombres trans, mujeres trans y personas no binarias. También hablo sobre la comunidad LGBTQ+. LGBTQ+ es otro término paraguas, un acrónimo ampliamente aceptado hoy para hablar sobre la alianza política entre personas trans, lesbianas, gais y bis y aquellas que se identifican como queer. En ciertos casos, como en el capítulo seis, menciono a la comunidad LGTB, ya sea porque así lo hacen mis fuentes o porque la investigación que cito o las organizaciones sobre las que hablo se limitan a las primeras cuatro letras.

Finalmente, el término más comúnmente usado actualmente para describir a las personas que no son trans es *cis*, que es la abreviación de *cisgénero*. *Cisgénero* es el antónimo latino de *transgénero*. Si naces con pene, te registran como de sexo masculino, tus padres te tratan y te crían como un chico, y hoy en día sigues describiéndote como un hombre, este libro se refiere a alguien como tú cuando habla de «hombres cis» o «cisgénero».

La palabra *cis* es relativamente nueva y su uso puede ser controvertido. Hay personas a las que claramente no les gusta la forma en la que redefine como una experiencia habitual un estado que antes se pensaba simplemente como «lo normal». Otras ven en él una acusación o un insulto. Hay feministas que rechazan el término *cis* porque creen que implica que todas las mujeres cisgénero se sienten cómodas con la feminidad, o que banaliza las limitaciones que miles de años de patriarcado han impuesto a las mujeres en este mundo sexista. Tal y como yo lo veo, una

mujer cisgénero puede ser una mujer no normativa que desafía las normas sociales sexistas y, aun así, desea ser categorizada social, legal y políticamente como una mujer.

Cuando en este libro uso la palabra *cis*, lo hago sencillamente para referirme a las personas que no son trans. Necesitamos una palabra para la gran mayoría de las personas en esta sociedad que no tienen la experiencia de ser trans, que ocupan prácticamente todas las posiciones de poder y de autoridad, que controlan el acceso a la atención sanitaria y la educación y que elaboran nuestras leyes. Simplemente por constituir la mayoría, las personas cis crean el mundo en el que vivimos las personas trans.

No todas las personas cis tienen conductas opresivas hacia las personas trans, ni todas las personas cis viven en una comodidad sin fisuras con sus cuerpos o sus géneros; pero, en general, se puede afirmar que ciertas ventajas vienen automáticamente por el hecho de ser una persona cis. El género es una de las primeras cosas que preguntamos y buscamos o intuimos en una persona. Los hombres y las mujeres cis tienen la enorme ventaja de no haber sido pensadas nunca como personas que se equivocan, se engañan o quieren engañar a otras sobre un hecho tan fundamental de su condición humana [*personhood*]. Esto significa que, en muchos contextos, se les tiende a atribuir automáticamente mayor autoridad, conocimiento o experiencia que a las personas trans tanto respecto a su misma identidad como a la identidad de las propias personas trans. Al plantear la realidad de las vidas trans, espero que este libro le dé la vuelta a esa autoridad implícita y a menudo injusta.

## **Introducción**

### **Se nos ve, pero no se nos escucha**

Recientemente, el señor Upton ha hecho un cambio importante en su vida y va a transicionar para vivir como mujer. Después de las vacaciones de Navidad volverá al trabajo usando el nombre de señorita Meadows.

Este breve anuncio en una circular para padres del colegio de Santa María Magdalena de Accrington (Lancashire) podría fácilmente pasar desapercibido. Estaba mezclado, casualmente, entre una serie de cambios de personal que se anunciaron al comenzar las vacaciones de Navidad de 2012: una profesora de primaria iba a pasar a hacer jornada completa; otra iba a hacer menos horas; un profesor iba a dejar el colegio para coger otro trabajo en España; y otro iba a pasar a ser una mujer. La directora, Karen Hardman, admitió más tarde que pensó que la transición de la señorita Meadows estaba «destinada a generar interés» dentro de la escuela. Quizás el anuncio estaba colocado en medio de esa lista de cambios de personal para minimizar cualquier reacción inapropiada, o para evitar hacer un espectáculo de la transición de un miembro de la plantilla. Si ese era el objetivo, resultó una vana esperanza.

En los días siguientes a la publicación de la circular del colegio, el nombre de Lucy Meadows —el nombre por el que ella quería que la trataran después de su transición— se extendió por toda la prensa nacional junto con su nombre anterior, un nombre masculino. Poco después, los periodistas estaban acampando frente a su casa. En tres

meses, Lucy Meadows, de treinta y dos años, fue hallada muerta en su casa, bajo las escaleras. Se había quitado su propia vida.

El colegio y su directora habían hecho lo posible para apoyar públicamente a Lucy Meadows, y la carta desató una ola de nerviosismo que no podían haber previsto. La primera respuesta vino de un periódico local, el *Accrington Observer*, que informó de que el anuncio había «suscitado preocupaciones por parte de algunos padres, que afirmaban que había confundido a los alumnos que habían conocido al profesor [*sic*] como hombre»,\* añadiendo que Lucy Meadows hizo una declaración en la que «agradecía su apoyo al consejo escolar y a sus compañeros, y pedía que se respetara su privacidad».

Al día siguiente la historia ya estaba en todo el país, y en un tono menos comedido. «El profesor no solo está atrapado en un cuerpo equivocado (...); también está en el trabajo equivocado», decía el titular de la columna semanal de Richard Littlejohn en el *Daily Mail*, que estaba dedicada a atacar a Meadows. Al referirse a Meadows con nombre y género masculinos a lo largo del artículo, el tono del columnista era despectivo. «El profesor empezó a llegar a clase con las uñas pintadas de rosa y diademas brillantes», escribía Littlejohn sobre Meadows. «El colegio puede estar muy orgulloso de su “dedicación a la igualdad y la diversidad”», se reía, «pero ¿alguien se ha parado un momento a pensar en el efecto devastador que está teniendo todo esto en los que importan de verdad? Los niños así de pequeños no están preparados para procesar esta clase de información». A pesar de insistir en que apoyaba el derecho de las personas trans a «tener un cambio de sexo», Littlejohn le echaba la culpa de la hipotética confusión de los niños no a la sociedad, sino a la propia Meadows: «Al insistir en volver al colegio, el

profesor está poniendo sus propias necesidades egoístas por encima del bienestar de los niños a los que ha dado clase en los últimos años (...). Si tan poco le importa la sensibilidad de los niños a los que le pagan por enseñar, entonces no solo está atrapado en el cuerpo equivocado (...); también está en el trabajo equivocado».

El *Daily Mail* dio pie a una tormenta mediática. Los periodistas esperaban fuera de la casa de Meadows; los padres que dejaban a los niños en el colegio fueron acosados con comentarios negativos; y, tal y como dijo Meadows a sus amigos, se silenció a quienes intentaban apoyarla de cara a los periodistas. «Sé que la prensa les ofrecía dinero a los padres si conseguían una foto de mí», escribía en un correo a un amigo la Nochevieja de 2013. Finalmente, los medios, incapaces de poner las manos en esa foto, cogieron una foto antigua del perfil de Facebook del hermano y la hermana de Meadows sin permiso. Por medio de una versión antigua de la web,<sup>\*</sup> accedieron a una imagen que había sido borrada de la página web del colegio para proteger a la profesora: un dibujo de un alumno de cinco años que representaba a Meadows después de su transición. (La pieza de Littlejohn describía ese dibujo.) Ruth, la expareja de la profesora, con la que había tenido un hijo antes de salir del armario como trans, dijo más tarde que Meadows había estado muy desanimada, especialmente por la muerte de un amigo cercano, el estrés de su propia transición y el seguimiento de la prensa. De hecho, ya había intentado suicidarse una vez antes de su muerte; el 7 de febrero de 2013 había intentado quitarse la vida. Un mes después lo intentó de nuevo. Esta vez no sobrevivió al intento.

Sería simplista sugerir que la única razón del suicidio de Lucy Meadows fue la repugnante y gratuita invasión de su privacidad. Los intentos de suicidio son mucho más

frecuentes en las personas trans que en la población en general. De hecho, las estadísticas son alarmantes: una investigación de la organización británica Stonewall, publicada en 2017, desveló que el 45% de las jóvenes trans habían intentado suicidarse al menos una vez. Y, sin embargo, detrás de los números hay personas que sufren en privado y llevan vidas complicadas. Rara vez hay una explicación única para esta tragedia. Pero lo que sí podemos decir con seguridad es esto: en sus últimos meses de vida, Lucy Meadows, que debía de estar viviendo con cierta incertidumbre, fue acosada, maltratada, ridiculizada y demonizada por los medios de comunicación. Su muerte es, aún hoy, uno de los capítulos más oscuros de la historia de la comunidad trans británica, y uno de los episodios más tristes de la larga y vergonzosa historia de la prensa amarillista de Gran Bretaña. Incluso teniendo otra clase de problemas, Meadows no había sido una figura pública ni famosa, y tampoco lo había pretendido. Luchó en privado con su género durante años, y en ningún sentido tomó la decisión de transicionar a la ligera. Todo lo que hizo fue ser trans y honesta consigo misma, y seguir en un trabajo que se le daba bien y en un colegio que la apoyaba. Su historia no era, ni por asomo, de interés público. En la investigación de su muerte, el forense, Michael Singleton, afirmó que los medios tendrían que estar avergonzados de cómo habían tratado a Meadows. Al resumir sus conclusiones, Singleton se giró hacia la prensa que se había reunido en el juicio y les dijo: «Debería daros vergüenza».

Uno de los elementos más sombríos de la historia de Lucy Meadows es que buena parte de ella era previsible. En diciembre de 2011, un año antes de la circular de Navidad que anunciaba su transición, Leveson Inquiry —la auditoría jurídica pública de la prensa británica que siguió las noticias del escándalo internacional de las escuchas

telefónicas—\* había recibido recomendaciones por parte de Trans Media Watch, una asociación fundada en 2009 para promover mejoras en el trato mediático de cuestiones trans. Las recomendaciones detallaban la representación perjudicial que la prensa británica hace sistemáticamente de las personas trans o la ridiculización a la que las somete. Serían terroríficamente proféticas en el caso de Lucy Meadows. «Los trabajadores de la prensa no negarían que pueden ayudar a cambiar la sociedad a mejor», afirmaba el documento, «y, sin embargo, cuando se trata de personas trans generalmente se han asignado el rol de policía moral. En situaciones así, la prensa se defiende diciendo que simplemente refleja la inquietud pública, rebajando, para empezar, su rol como creadora de esa inquietud». Según decía Trans Media Watch a la auditoría, la prensa consigue esto de dos formas: primero, creando y manteniendo un ambiente de ridiculización y humillación a través de titulares burlescos y un lenguaje juvenil que incita al público a sumarse al escarnio, sobre todo en internet; y, segundo, «señalando a personas trans concretas y a sus familias para mantener la intrusión personal». Trans Media Watch pidió a Inquiry que recomendara una mayor protección para las personas trans, incluyendo el anonimato en los casos en los que la persona no fuera una figura pública, mayor regulación y un mayor acceso a la justicia. A día de hoy, aún no se han implementado sus recomendaciones.

Tras la muerte de Lucy Meadows hubo una cierta esperanza en que la larga historia de crueldad de la prensa británica hacia las personas trans cambiara a mejor. Desde que el *Sunday People* sacara del armario a la modelo trans April Ashley en 1961 bajo el titular de «El secreto de “la” modelo»\* —y con ello acabando al momento con su carrera —, los medios suelen estar más interesados en crear ciclos

de burla y desconfianza económicamente rentables que en informar al público sobre las personas trans. Y aunque ha habido algunas mejoras pequeñas en el trato de la prensa hacia personas trans «concretas» desde la muerte de Lucy Meadows, esas mejoras se han visto eclipsadas por el dramático ascenso de otro fenómeno: el enorme aumento de la hostilidad de los medios hacia las personas trans como «grupo minoritario».

Hacia finales de la década de 2010, las personas trans no éramos el espectáculo ocasional de las páginas de la prensa amarillista, sino más bien los titulares diarios de prácticamente todos los periódicos de gran tirada. A partir de entonces no se nos presentaba como ese ridículo pero inofensivo mecánico de pueblo que hace un «cambio de sexo», sino como representantes de una nueva y poderosa «ideología» que estaba capturando las instituciones y dominando la vida pública. Ya no éramos algo de lo que reírse, sino algo a lo que temer. Poco después de la investigación sobre Lucy Meadows, esa fugaz oportunidad de arrojar luz sobre el acoso hacia las personas trans se evaporó. En los siguientes años, los medios le dieron la vuelta al relato: las matonas eran las personas trans. Cinco años después de la muerte de Meadows, incluso el tono de *The Times*, uno de los periódicos más respetados del país, rezumaba desprecio: «Un movimiento digno para ayudar a una minoría se ha convertido en una forma de macartismo con pelucas malas y medias de rejilla, gracias a un puñado de acosadores, trolls y misóginos sin gracia», decía sobre las personas trans un artículo en 2018. «¿Tienes miedo de expresar alguna opinión sobre nada “transgénero”? ¡Genial! Eso es lo que quieren los matones.»<sup>1</sup>

Gran Bretaña se halla sumida en una conversación acalorada sobre la «cuestión» de la gente trans. Quizá no haya tema que haya recibido una cobertura mediática tan

intensa y constante —aparte del *Brexit* y, después, la pandemia de coronavirus—. En 2020, solo *The Times* y su periódico hermano, *The Sunday Times*, habían publicado entre los dos alrededor de 300 artículos —casi uno al día— sobre personas trans. El periódico gratuito *Metro* aceptó en 2018 un anuncio a página completa de una campaña que animaba al público a posicionarse contra la reforma de la *Gender Recognition Act*, unos cambios legislativos diseñados para hacer menos costoso e invasivo el proceso de cambio del género legal, en consonancia con otros países europeos. El año anterior, el periódico amarillista *Daily Star* publicó una serie de artículos llenos de mentiras en los que se afirmaba que el conocido asesino de niños Ian Huntley era trans, antes de admitir finalmente —dos años después— que la historia era falsa.

Al mismo tiempo, los debates televisivos sobre el tema se convirtieron en una constante en programas matinales como *Good Morning Britain*, *This Morning*, *Victoria Derbyshire* y *Loose Women*, cuyos invitados cuestionaban el derecho de las personas trans a participar en la vida pública. En mayo de 2018, Channel 4 emitió *Genderquake*, un debate en directo sobre «la cuestión trans» que fue tan hostil que las participantes trans fueron interrumpidas con comentarios agresivos en directo en horario de máxima audiencia, llegando en torno a 200 quejas a la agencia de regulación Ofcom.

Naturalmente, se acabaron involucrando famosos. En 2017, Piers Morgan, el copresentador de *Good Morning Britain*, preguntó a dos invitadas trans —en directo— si las identidades trans son solo «un galimatías», y si él se podía identificar como «una mujer negra» o un «elefante», generando una discusión que, sin que sorprendiera a nadie, acabó llegando a Twitter. Entretanto, en junio de 2020, la

autora británica más exitosa de todos los tiempos, J. K. Rowling, se convirtió en polémica internacional al publicar un texto en su web: «Las guerras TERF». No era la primera vez que la postura de Rowling sobre la identidad de las personas trans era polémica: en diciembre de 2019 había apoyado públicamente a Maya Forstater, una consultora de finanzas que había perdido su trabajo en un *thinktank* tras una investigación sobre sus tuits, que la empresa consideraba transfobos. «Estoy enormemente preocupada por las consecuencias del activismo trans de hoy en día», escribía Rowling. «Estoy preocupada por el gran aumento de mujeres jóvenes que quieren transicionar (...), y también porque parece que cada vez más quieren detransicionar (volver a su sexo inicial), ya que se arrepienten de haber tomado decisiones que, en algunos casos, han alterado sus cuerpos irremediablemente.» Su crítica de las mujeres trans\* es todavía más directa: «Ser mujer no es un disfraz. No es una idea de la cabeza de algún hombre. No es un cerebro rosa, ni que te gusten los zapatos caros ni cualquiera de esas ideas sexistas que, por algún motivo, ahora pasan por progresistas».

Otro famoso británico del que se puede esperar que salga con alguna opinión sobre la gente trans es Ricky Gervais: «Necesitamos proteger los derechos de las mujeres, no debilitarlos porque algún hombre ha descubierto una forma ingeniosa de dominar y demonizar a todo un sexo». Este no era el primer comentario de Gervais sobre la existencia de las personas trans; ya había tuiteado antes chistes improvisando sobre la idea de que los cuerpos de las personas transgénero son inherentemente absurdos. «Toda mujer debería tener derecho a enseñar la polla a cualquiera que le guste»; el comentario ya da una idea de la clase de humor de Gervais sobre el tema. No resulta nada sorprendente que, con este cuestionamiento barato